



Las aventuras de

El Genio Proscenio

Los Secretos del Nilo



MERCÉ VIANA



Nos vamos de viaje

Víctor y Lucía siempre recordarían aquel momento. Fue un domingo, después de comer, cuando Suni, la madre, les dijo con una expresión que desbordaba de alegría:

—Agarraos a la silla bien fuerte que papá va a daros una noticia.

Suni y Juan intercambiaron una mirada de complicidad y con una sonrisa de oreja a oreja les comunicó:

—Chicos, esta Semana Santa nos vamos a Egipto.

—¿QUÉÉÉÉ? —exclamaron los muchachos saliéndoseles los ojos de las órbitas.

—Ya lo habéis oído. Hemos estado ahorrando desde que nacisteis para permitirnos un capricho algún día. Bien, pues ese día ha llegado. Dentro de tres semanas nos encontraremos realizando un crucero por el Nilo. ¿Qué os parece? —expuso la madre.

Los dos hermanos se levantaron de la silla y comenzaron a pegar saltos por el comedor al tiempo que exclamaban:

—¡A Egipto! ¡Nos vamos a Egipto!

—¡Yupi!

—¡Guay!

—¡Súper guay!

Los padres comenzaron a reír. Era todo un espectáculo. Se sentían satisfechos del esfuerzo económico que habían hecho. Once años les había costado, pero finalmente lo habían conseguido, quién sabe cuándo volverían a tener un extra como ese...

Al día siguiente, en el colegio, les faltó tiempo para contarlo a sus compañeros y compañeras.

—¡Jo, tíos! ¡Qué suerte, tíos! ¡A Egipto! —comentó Gonzalo, uno de los amigos de los mellizos.

—La verdad es que sí, pero tú no te quejes, colega, que todos los años te vas a Albacete, ¿eh? —le dijo Víctor.

—Ya, pero es a casa de mis abuelos, tío —contestó aquel.

—Bueno, pero al menos te vas

de aquí. Nosotros, sin embargo, lo más lejos que hemos ido ha sido al barrio de al lado y...

—Para, para, que un verano nos fuimos a Cuenca, a ver la Ciudad Encantada —le interrumpió su hermana—, y el año pasado estuvimos en Madrid...

—Pero eso no fueron vacaciones, que fuimos y volvimos en el mismo día —la interpeló Víctor.

—Eso es verdad. Nunca hemos estado en un hotel y menos aún en un barco. ¡Guau! ¡No me lo puedo ni imaginar! —volvió a decir Lucía llevándose las manos a la cabeza.

—¡Qué alucine, tíos, a Egipto...! —exclamó de nuevo Gonzalo.

Tan solo faltaban 20 días para las ansiadas vacaciones. Además,

ese año coincidía el Lunes Santo con el 22 de marzo, el comienzo de la primavera. Toda la familia pensó que esa casualidad podría ser un buen augurio.

—No hay mejor manera de celebrar la llegada de una estación tan hermosa que haciendo un viaje —comentó Suni.

La ilusión por preparar el crucero hizo que tanto los padres como los hijos sonriesen más, tarareasen canciones con más frecuencia, mejorasen su humor aún en los momentos complicados y comenzaran a interesarse por conocer el país que iban a visitar. Suni y Juan sacaban información por Internet para comentarla con sus hijos y estos se dedicaban a bombardear a preguntas a Mario, su profesor, sobre el país que pron-

to visitarían. Tenían tanta ilusión, que Víctor y Lucía parecían haber olvidado la aventura vivida con el genio Proscenio, unos meses atrás.

Después de que Proscenio se marchase, los muchachos se quedaron con una sensación extraña, desconocida hasta entonces. Por un lado se sentían pletóricos, como si la experiencia los hubiese llenado completamente, pero por otro parecía que se habían quedado vacíos de algo que no acertaban a saber de qué se trataba y sus miradas se perdían, de vez en cuando, en el mundo de la nostalgia. De no ser porque conservaban aquel misterioso aparato llamado «comunicaprosce» que el genio les había dejado, Lucía y Víctor habrían creído que todo había sido un sueño. Sin embargo, por muy increíble

que resultase, ellos habían conocido la antigua Grecia, cuna de la cultura occidental, suspendiendo el paso del tiempo presente y viajando al pasado. Y todo eso, gracias a un genio muy especial, a Proscenio.

Muchas fueron las tentaciones que uno u otra sintieron de llamarle y pedirle que los llevara a vivir otra aventura, pero no se atrevieron. Quizás sintieran miedo de comprobar que todo había sido una ilusión o quizás fuese por temor a molestarle. Fuera lo que fuese, los dos hermanos prefirieron conformarse con revivir los recuerdos de su aventura. Sin embargo, desde el día que recibieron la noticia del viaje a Egipto, sus mentes dejaron atrás las evocaciones para dejar paso a las ilusiones, a los proyectos, a los sueños sobre un crucero

que llevarían a cabo a lo largo de un río lleno de historia, el Nilo.

En el colegio se dedicaban a dibujar las pirámides que habían visto en los libros que sacaban de la biblioteca y se imaginaban explorándolas, junto a sus padres, con antorchas en la mano. Por la noche, cuando el sueño los vencía, se veían en un barco enorme, tan grande que apenas si cabía en el río y las gentes que vivían en las riberas salían para verlo, para admirarlo, de tan bonito como era.

Tenían un calendario en el que iban tachando cada uno de los días que iban pasando y, a medida que las fechas se aproximaban, los nervios aumentaban de manera considerable.

Una semana antes de la marcha, Víctor y Lucía pidieron a su madre que les sacase una maleta para hacer el equipaje:

—¡Pero si aún faltan siete días! Venga, venga, que os estáis pasando tres calles con el viaje. Desde que os lo dijimos no os veo estudiar.

—¿Cómo que no estudiamos? Estamos leyendo mucho sobre Egipto, mamá —protestó Lucía.

—No hace falta que me lo jures, hija mía, pero, ¿y las matemáticas?, ¿y las otras asignaturas? Mañana comenzáis las evaluaciones y no hay quien os haga coger un libro.

—Porque nos lo sabemos todo —dijo Víctor.

—Eso lo comprobaremos cuando lleguen las notas. No sé si al final

habremos acertado con el dichoso viaje...

Aunque era cierto que los dos hermanos solo parecían tener en la cabeza lo que consideraban las primeras vacaciones de su vida, también era verdad que en el colegio iban bastante bien y que, por lo tanto, no necesitaban dedicarse a empollar en el último momento. Quizás por eso se habían relajado un poco en los estudios durante los últimos días. Aun así y para no oír de nuevo las broncas de su madre, decidieron aparcar los libros sobre Egipto para dedicarse a repasar las materias de las que iban a examinarse.

Los días fueron sucediendo a las noches y el viernes por la tarde, cuando salieron del colegio y pasaron por

la tienda de sus padres, a recoger la llave para subir a casa:

—Mamá está arriba haciendo el equipaje. Id a ayudarla —dijo el padre.

Los muchachos salieron a toda prisa y subieron los escalones como si se los estuvieran tragando. Suni les abrió la puerta:

—Merendad y, cuando terminéis, hacéis el equipaje. Os he dejado en vuestros dormitorios una bolsa de viaje para cada uno y la ropa que debéis llevaros. Si os cabe algo más y os apetece coger otra cosa, la metéis también, ¿de acuerdo? Los papás llevaremos la maleta grande.

—De acuerdo, mamá.

—¡Ah! Recordad que solo vamos a estar una semana y eso significa

que, aunque os cupieran, no debéis cargar con vuestros cómics, ni con el juego de la Play..., bueno, ya me entendéis.

—Sí, mamá.

Nunca la merienda de nadie duró tan poco en sus manos. Como por arte de magia desapareció en dos segundos. A continuación, se dirigieron a su dormitorio y, con mucho cuidado, fueron metiendo los pantalones tejanos, unas camisetas de manga corta y otras de manga larga, un par de suéteres de lana fina y la ropa interior.

Poco después, apareció Lucía en el dormitorio de su hermano:

—Aún podría meter en la bolsa un montón de cosas, pero no sé qué hacer. Yo voy a llevarme mis ahorros para comprarme lo que me guste y, si la lleno a tope, luego no me cabrá



nada. ¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó.

—Yo voy a coger el juego de la Play, que eso no ocupa casi nada.

—Pero si mamá ha dicho... —comentó la niña.

—¡Bah! Cuando se entere ya estaremos en el barco.

Justo en aquel momento, la habitación se llenó de humo verde al tiempo que se dejaba oír una voz muy conocida y estimada por los hermanos mellizos:

—¡Vaya, súper vaya y más vaya con el muchachito! Eso puede definirse como desobediencia premeditada y con alevosía. Delito castigado con dos fines de semana sin tele, según el código penal del País del Pirulí.

—¡Proscenio! —exclamaron Víctor y Lucía.